

Alexander SCHMEMANN, *Diari 1973-1983*, vol. 2, Lipa Edizioni – La Casa di Matriona, Roma 2021, 542 p. ISBN 978-88-31282-03-1

“La religión es ese órgano en nosotros que, por extraño que parezca, al mismo tiempo intensifica y oculta infinitamente nuestras pasiones y pecados más profundos: el orgullo, el fariseísmo, la autocomplacencia, el narcisismo, etc. La religión es nuestra constante autojustificación ante Dios, es decir, con la que enmascaramos nuestros pecados y tentaciones ante nosotros mismos” (p. 415)<sup>1</sup>. Estas palabras podrían aplicar a cualquier religión, pero el autor del presente libro hace referencia, principalmente, al cristianismo ortodoxo.

En este segundo tomo de su obra, Alexander Schmemann, sacerdote ortodoxo ruso, teólogo, esposo y padre de familia, continúa su crítica a la religión, pero, sobre todo, invita a dejar de entender el cristianismo como una religión. Su diario, de dos tomos, es más bien de reflexión teológica, cuya finalidad pareciera más bien cuestionar la manera cómo se vivía el cristianismo en

su época, o se vive hoy, y la manera como algunos han hecho teología en el cristianismo.

Alexander Schmemann nació en 1921 en Tallin, Estonia, en el seno de una familia rusa con raíces alemanas. Viajó a Francia en su primera infancia y en 1946 se ordenó sacerdote. Estudiante en el Instituto de Teología Ortodoxa de *Saint-Serge*, formó parte de la emigración rusa a París hasta su marcha a Estados Unidos en 1951, donde murió el 13 de diciembre de 1983 en Nueva York.

Durante muchos años fue decano del Seminario San Vladimir de Nueva York. Sus estudios más populares se centran en la liturgia, la eclesiología y la historia de la Iglesia.

Cualquier lector que esté interesado en la cita con la que inicia esta reseña, se preguntará, si el cristianismo no es una religión, ¿entonces qué es? Schmemann no se preocupa en sus 1036 páginas de reflexiones, en dar una definición de religión, sino más

---

<sup>1</sup> Todas las traducciones son del autor de la reseña

bien en ir a lo más profundo, central y fundamental del cristianismo.

Para él, la Iglesia se convirtió en una organización como cualquiera, una actividad entre muchas otras. Pero, esto no era así en el tiempo de los primeros cristianos, en la época en que el mundo rechazaba a la Iglesia. Esta era una realidad escatológica y no tenía ninguna actividad específica en el mundo ni la podía tener.

El punto de apoyo de su vida era la eucaristía, el sacramento de la transformación no solo del pan y del vino en alimento celeste, sino la transformación del mundo mismo en una anticipación, en una preguatación del reino de Dios futuro. Por eso, la eucaristía era el sacramento de la Iglesia, de la Iglesia como comunidad, como amor, como conocimiento de la Palabra de Dios; y de la Iglesia como cumplimiento de todo en Cristo.

El padre Schmemmann explica cómo, según él, el cristianismo fue cambiando desde sus orígenes hasta el momento en que escribe su *Diario*, e insiste en sus reflexiones de mayo de 1982 —un poco más de un año antes de su muerte en Nueva York— que la

Iglesia occidental ha interpretado su participación en la vida como un poder clerical sobre el mundo. Pero cuando el mundo rechaza este poder, la Iglesia recurre a su participación directa en la política, primero con la derecha y luego con la izquierda.

Según Schmemmann, esta participación condenó al occidente cristiano a una suerte de esquizofrenia, porque esta política, en la que participa la Iglesia, tiene como horizonte este mundo; así la escatología, que se mencionó líneas arriba, queda reducida a la utopía, la cual, no solo es un error, sino que una auténtica herejía de nuestro tiempo. Es una herejía por el hecho de que el enfoque se haya transferido desde la persona a las estructuras sociales, ideológicas, etc.

Sus críticas fulminantes a la Iglesia se perciben con dolor, de quien se sabe parte de ella y la ama; de quien ve claramente sus defectos, pero que sufre porque ha entregado su vida y su misión en esta vida a dicha realidad eclesial.

Las palabras de este gran teólogo ortodoxo son también una motivación para la generación de su época y las futuras generaciones a comprender el cristianismo

de una manera renovada, pues él mismo es consciente de la imagen aburrida de la Iglesia que hoy se transmite: “¿De dónde viene el abismal aburrimiento y la mediocridad de la prensa eclesíástica? De la reducción del contenido de la vida eclesial a celebraciones, aniversarios, encuentros, etc.” (p. 432).

Después de la lectura de los dos tomos, queda claro que el autor era una persona que captaba gran cantidad de detalles de la realidad y que los analizaba, digería y categorizaba con mucha agudez. No solo hablaba de la situación del cristianismo, sino de la sociedad en general.

En este tomo se desarrollan temas más relacionados con la situación del mundo en general, como la presidencia de Carter en Estados Unidos; del Ayatollah Khomeini; de la política en Europa, entre otros temas; enfatizando que cada uno en el mundo vive siempre ocupado solo de lo suyo, y “todos, en nombre de lo suyo, matan, matan, y matan” (p. 237). “Todo está imbuido de política —decía— es decir, de la búsqueda del éxito, del reconocimiento de los demás, de competir.

Así pues, el destino del mundo está en realidad en manos de gente mal informada, incompetente, psicológicamente provinciana, unida por una sola cosa: la religión del éxito, rápido e inmediato y condicionada, sobre todo, por su expresión material” (p. 229).

¡Habría sido de gran ayuda haber invitado al padre Schermann a participar como perito a varias de las reuniones de las Congregaciones del Vaticano y reuniones sinodales!, pues sus críticas habrían contribuido a la renovación que la Iglesia Católica.

Por ejemplo, hablaba también sobre el sacramento de la confesión, que es como una regularización moral de la vida, de la ley de este mundo. Recalcaba que el sacramento de la penitencia inicialmente no se refería a la ley moral, sino a la fe y al pecado en cuanto nos aleja de la fe; mientras que hoy, la confesión es una conversación sobre la violación de las leyes morales, sobre las debilidades y la propensión al pecado, pero sin referencia a la fe.

El lector atento se podría preguntar ¿por qué este teólogo de raíces alemanas y familia rusa no tuvo aún más influencia en la

Iglesia católica o en las otras ramas del cristianismo, más allá de la Iglesia ortodoxa? Quizá por todo lo que él mismo cuestiona que está obstaculizando que el Espíritu Santo pueda renovar lo que se puede cambiar. También, puede ser que su legado es tan contundente que se necesitan varios años para conocer su obra, digerirla y poder aplicarla de alguna manera.

Es cierto, además, que quizá le faltó fuerza. En muchas ocasiones hablaba del cansancio que le generaban su rutina diaria, y la situación que le critica a la Iglesia.

Algún psicólogo avezado podría arriesgarse a analizar su personalidad en los dos tomos de su diario, pero en concreto en sus quejas del segundo libro (p. 48, 67, 75, 78, 79, 81, 182, 183, 198, 207, 218, 235, 242, 263, 267, 281, 286, 297, 322, 338, 377, 385, 395, 412, 415, 438, 440, 447).

A pesar de su lamento, cuando se sentía cansado, aburrido, triste, fracasado o en crisis por alguna razón —como se mencionó en la reseña del primer tomo—, quizá la aceptación de los propios conflictos, por los que

pasó, lo llevaron con mucha naturalidad a reconocer que el cristianismo, —que en algunos contextos se ha mostrado o se muestra invencible— también tiene lados frágiles. Hay que ser valiente para reconocer esas crisis personales, y también las dificultades del cristianismo.

Sin hacer ninguna mención a cómo termina el segundo tomo, pero motivando al lector a introducirse en esta gran obra, dejamos algunas palabras sobre cómo entendía Schmemmann su propia vocación: “Nunca he sentido vocación ni capacidad de «dar consejos» sobre los problemas concretos de la vida. Quizás porque nunca he sentido la más mínima necesidad de buscar ese tipo de consejo. Al contrario, toda conversación «íntima» siempre me ha resultado dolorosamente embarazosa (p. 406). Si tengo una «vocación», es aquí: en mi lucha por la Eucaristía. Contra esta reducción, contra todo lo que no permite a la Iglesia ser lo que es; por un lado, por su «clericalización»; y por otro, por su «secularización» (p. 389).

Carlos Alberto ROSAS-JIMENEZ  
*Universidad Anáhuac, Mexico*